

ESPÍRITU DE CAFH

ÍNDICE

1. EL MENSAJE DE LA RENUNCIA	2
2. ÉSTE ES EL REGLAMENTO DE CAFH.....	3
3. REUNIÓN DE ALMAS.....	4
4. EL CUERPO MÍSTICO.....	5
5. LOS VOTOS	7
6. OBEDIENCIA A LA LEY.....	9
7. EL HIJO/A FRENTE A LAS RELIGIONES	11
8. LA FE.....	13
9. COMUNICACIÓN ENTRE EL DELEGADO/A Y EL HIJO/A	15
10. EL DELEGADO/A GUÍA DEL ALMA	17
11. EL DELEGADO/A COMO DIRECTOR ESPIRITUAL.....	19
12. LA LABOR DEL ORADOR/A	22
13. EXPOSICIÓN DE LA ENSEÑANZA	24
14. LOS BIENES INTRÍNSECOS.....	26
15. TIEMPO DIMENSIONAL Y TIEMPO EXPANSIVO.....	28
16. TRANSMISIÓN DEL MENSAJE DE LA RENUNCIA	30

EL MENSAJE DE LA RENUNCIA

Primera Enseñanza

Cafh postula que la renuncia es el camino que lleva a la humanidad a cumplir su destino. Esta afirmación es un reconocimiento de la renuncia como ley universal, esencial y contingente del universo y, por consiguiente, de la humanidad.

El Hijo/a de Cafh transmite a las almas el Mensaje de la Renuncia siendo él mismo la expresión viva de ese mensaje. Las almas no esperan sermones acerca de la renuncia sino ejemplos vivos e ideas claras.

Cuando el Hijo/a ingresa a Cafh ha de conocer sin dilaciones el Mensaje de la Renuncia. Muchas almas se alejan del Camino porque no se las pone en contacto inmediato con la verdad que buscan y por la cual han sido llamadas. Ofrecer al principio doctrinas espurias que atraen por sus respuestas fáciles, o doctrinas que implican una transición suave hacia la renuncia sería negar el Mensaje y frustrar a los Hijos/as.

El Hijo/a Patrocinado recibe desde su ingreso el Mensaje de la Renuncia y lo medita. Se aplica al estudio de la doctrina y a aprender las prácticas ascéticas. Su labor es desglosar las implicaciones que la idea de la renuncia trae aparejadas para quien quiere practicarla. Su punto de concentración es su definición vocacional: cómo responder en forma concreta a su ideal espiritual.

El Hijo/a Solitario interioriza el Mensaje de la Renuncia, lo hace conocimiento profundo, lo asienta definitivamente en su corazón, y practica la Ascética de la Renuncia. Su punto de concentración es lograr que su modo de pensar, de sentir y de actuar sean coherentes y se integren, y que se disipen las ideas y sentimientos contrarios a su vocación. Es importante que este proceso responda a una ampliación de la conciencia y no a una imposición por parte de quien enseña. La imposición de ideas o la discriminación autoritaria de quienes difieren de los propios puntos de vista es contraria a la Enseñanza de Cafh. La supresión dogmática de ideas y sentimientos aumenta la fuerza que éstos tienen y daña tanto a quien fuerza a suprimirlos como a quien se siente reprimido. Tarde o temprano esa fuerza contenida se vuelve en contra de ambos.

La idea de la renuncia, cuando se la adopta como una fuerza mental y emotiva, hace del pensamiento del Hijo/a un proceso puro de discernimiento; de sus sentimientos, un movimiento de participación; de sus acciones, una forma cada vez más acabada de realizar la economía providencial: providencia a los necesitados, asistencia a los enfermos y dirección a las almas.

Así como en el estado actual del desarrollo humano no hace falta un esfuerzo volitivo para efectuar las funciones vegetativas, cuando las almas internalicen el Mensaje de la Renuncia su forma de pensar, sentir y actuar reflejará ese mensaje en forma espontánea.

El Hijo/a Ordenado vive el Mensaje de la Renuncia.

El Hijo/a Ordenado vive y trabaja en función de la obra de asistencia a la humanidad. Su ofrenda lleva a las almas el Mensaje de la Renuncia para que expandan su conciencia y descubran su destino divino. Ésa es su gloria y su dolor.

Es su gloria pues con su sacrificio se une a todas las almas.

Es su dolor pues comprende por propia experiencia cuán simple es el camino y cuán difícil es para el ser humano distinguirlo y seguirlo. Sabe que la liberación del sufrimiento se alcanza paso a paso, y que no es posible la plenitud de la unión divina hasta que todas las almas logren la liberación espiritual.

El Hijo/a conoce, practica y vive el Mensaje de la Renuncia contingentemente por el cumplimiento de sus votos, y unitivamente por su ofrenda y participación.

ÉSTE ES EL REGLAMENTO DE CAFH

Segunda Enseñanza

En el primer artículo del Reglamento se lee “Éste es el Reglamento de Cafh”. ¿Por qué se incluye ese artículo? Es obvio por el título que el texto que sigue es el Reglamento. ¿Por qué no dice nada más, por ejemplo que el Reglamento es el conjunto de artículos y normas que se leen a continuación? Es como si quisiera condensar todo el Reglamento en un artículo..

“Éste es el Reglamento de Cafh” establece que el Reglamento es una unidad, lo refiere al presente continuo y lo presenta como una expresión de la vida de los Hijos/as. Esto evidencia el carácter espiritual del Reglamento.

Por ser una unidad, cada uno de sus artículos —o grupo de artículos— ha de interpretarse dentro del contexto. Buscar explicaciones de disposiciones separándolas del contexto las haría letra muerta, viciada de interpretaciones arbitrarias que pueden orientarse en cualquier sentido.

En su capítulo tercero, el Reglamento establece que el Caballero/Dama Gran Maestre resuelve sobre su alcance y situaciones no previstas en él. Esto hace que el Reglamento se exprese en el presente continuo y responda a su fin, que es el de dar a los Hijos/as el medio más adecuado para realizar su vocación y su misión. Al determinar el alcance del Reglamento, el Caballero/Dama Gran Maestre responde a las necesidades de los Hijos/as en general y de cada Hijo/a en particular, como así también a la evolución de las Tablas y de la sociedad. Por expresarse en el presente continuo, el Reglamento mantiene su espíritu y lleva a los Hijos/as a transmutar la tradición en enseñanza actualizada.

Al estudiar el Reglamento de Cafh los Hijos/as han de recordar que la única finalidad del texto es la de brindar el medio más adecuado, en cada momento y en cada circunstancia, para que realicen su vocación espiritual y la Gran Obra en el mundo. Esto los mantendrá conscientes de que el Reglamento es único pero que se expresa en la vida del Hijo/a en forma dinámica.

Por más sabias que sean las normas enunciadas en el Reglamento, su letra es sólo una expresión de la vida espiritual de Cafh. Son los Hijos/as quienes expresan a Cafh cumpliendo el espíritu y la letra del Reglamento a través de sus vidas consecuentes con su vocación y con sus votos. Si las normas del Reglamento se cumplieran ritualmente, como una formalidad, no podrían sostener la vida espiritual de los Hijos/as ni mucho menos estimularla. Para que produzca el desenvolvimiento espiritual, la observancia escueta y cabal del Reglamento se ha de enraizar en la respuesta a la vocación de renuncia y en el compromiso sagrado de los votos.

Por eso no se puede decir que uno cumple el Reglamento porque sigue esta y aquella norma, o muchas, o casi todas las normas. Uno cumple el Reglamento cuando, además de cumplir sus normas, lo integra totalmente a su vida y encarna su espíritu a través de su renuncia.

Los Hijos/as interiorizan las normas del Reglamento haciéndolas su modalidad, su forma espontánea de vivir y de tomar decisiones. Cuando les cuesta cumplir alguna disposición fortalecen su voluntad tomando esa dificultad como una disciplina ascética que les ayuda a lograr el fin que se han propuesto. Los Hijos/as saben que para vivir el espíritu del Reglamento no pueden ceder a la debilidad frente a los sacrificios que trae aparejado el cumplimiento de la letra del Reglamento.

La fidelidad a la vocación de renuncia graba el espíritu del Reglamento en el corazón del Hijo/a.

El primer artículo es fundamental pues condensa en una sola aseveración el espíritu del Reglamento de Cafh: unidad, actualidad y permanencia. El Reglamento es un medio de realización para los Hijos/as en la medida en que encarnen su espíritu.

REUNIÓN DE ALMAS

Tercera Enseñanza

El Reglamento define a Cafh como “...una reunión de almas que buscan su liberación interior...”. Al establecer el vínculo entre almas prescindiendo del concepto “personas”, indica que la naturaleza de la relación es espiritual y que su base es el amor a la libertad interior.

Los vínculos entre los seres humanos se crean a través de una historia común y de una serie de hábitos compartidos. Los lazos de sangre, la relación comunal, el lugar estable de residencia y la adaptación al medio ambiente, son al mismo tiempo origen y resultado de la historia y de los hábitos que relacionan a los seres humanos. A través de esta interacción el ser humano desarrolla el sentido de responsabilidad comunal. Esa responsabilidad redunda en su beneficio, ya que le da oportunidad de relacionarse y aprender de la experiencia de otros.

Sin embargo, estos vínculos son temporarios; están sujetos a los cambios, a la elección arbitraria, a las separaciones y al dolor.

Cafh, como “reunión de almas”, ubica la relación entre los Hijos/as en el nivel de aspiraciones espirituales compartidas. Esto genera una unión espiritual expansiva. Los resultados de esta unión son permanentes y producen la semejanza de almas. Como su unión se establece sobre la base de una vocación similar y del amor expansivo, poco a poco sus almas se hacen semejantes. La fuerza que se genera entre los Hijos/as de Cafh es, entonces, sólo espiritual. Por eso no la alteran ni los acontecimientos ni los cambios; permanece en el tiempo y en el espacio. Tiene el don de la perdurabilidad.

Los Hijos/as de Cafh quedan física, mental y espiritualmente unidos cuando su reunión espiritual es afirmada y consagrada por sus votos. El vínculo establecido por los votos es indestructible.

Cuando los Hijos/as no están reunidos físicamente su vínculo espiritual los mantiene unidos, por más apartados que se encuentren, pues uno solo es el sendero de los Hijos/as de Cafh. Aun sin verse ni conocerse, sus voces se unen y transmiten sobrenaturalmente la Enseñanza.

Al participar de la Gran Obra sin apoyo exterior, los Hijos/as canalizan su energía a través del Poder de la Gran Corriente.

El signo de reconocimiento que tienen los Hijos/as de Cafh es el suave vínculo de la amistad. La amistad es el reflejo exterior de la unión íntima de las almas. La amistad une a los seres simplemente por amor.

La amistad entre los Hijos/as es una participación de virtudes comunes, es una expresión de dotes morales semejantes, es un compartir recíproco y amoroso de la Enseñanza. Por el vínculo de la amistad, los Hijos/as se estimulan mutuamente para expandir su capacidad de amar y participar.

La amistad de los Hijos/as hace de ellos canales vivos por los que mana abundante amor y poder de realización sobre la humanidad.

Los Hijos/as de Cafh que han pasado al más allá integran las Tablas Astrales y permanecen entre los Hijos/as por su fuerza espiritual.

La reunión de almas de Cafh, al proclamar la unión espiritual de las almas, evidencia en el mundo la posibilidad de trascender las barreras de separatividad que antagonizan a los grupos entre sí.

EL CUERPO MÍSTICO

Cuarta Enseñanza

El Cuerpo Místico de Cafh está formado por los cuerpos magnético, mental y espiritual.

La fuerza interior de las almas de Cafh define el cuerpo magnético.

La expresión de la idea de Cafh en sus Hijos/as forma el cuerpo mental.

La reunión de almas de Cafh define el cuerpo espiritual.

La integración total del Hijo/a a Cafh —la ofrenda de su ser, sus esfuerzos y sus posibilidades a la Gran Obra— es su obra en el mundo. Todo lo demás que el Hijo/a haga será por añadidura, una expresión de su ofrenda.

El potencial de Cafh se proyecta sobre el mundo en forma dinámica en una sucesión de ideas que nacen, se concretan y mueren para dar nacimiento a otras ideas. El Hijo/a recibe la Enseñanza, la aplica y la experimenta en su propia vida, la enriquece con su experiencia y la expande.

Es por ello que la Enseñanza se actualiza. Pretender que ideas derivadas tengan para siempre un significado invariable sería dogmatizar.

Cafh se expande por participación. La fuerza de realización de los Hijos/as atrae a las almas similares e irradia la idea de Cafh.

Cafh se multiplica por reversibilidad. La vida de los Hijos/as es el testimonio de la idea de Cafh. Los Hijos/as toman la idea de Cafh, la hacen obra en ellos a través de su renuncia y, a través de su realización, impulsan a todas las almas hacia la unión divina.

Cafh se determina por presencia. La Enseñanza se hace conciencia en el Hijo/a, se enriquece con su experiencia y se esparce como fuerza de realización.

La realización de la idea de Cafh —la Renuncia— es iluminación espiritual puesto que implica la integración y coherencia total de valores. En lo simple desaparecen la inconsistencia y la incongruencia.

No es fácil comprender el estado de renuncia pues se lo confunde con una sucesión intermitente de actos de renuncia, que tratan de crear una imagen exterior de perfección. Renunciar a veces sí, a veces no; adoptar la idea de la renuncia como un marco ideológico divorciado de la práctica diaria no es vivir el estado de renuncia. El estado de renuncia es permanencia estática, es decir, *actitud* permanente de renuncia. Esta actitud no presupone un estado de perfección tal que el alma nunca vaya a errar. En el estado de renuncia lo que permanece es la actitud de ofrenda, aunque en la acción el alma esté sujeta a las limitaciones propias de su conocimiento y capacidad intelectual. Ser Hijo/a no implica que todo lo que el Hijo/a hace es perfecto, o sobrenatural. Sólo en la medida en que el Hijo/a renuncia se hace apto para expresar la idea de Cafh en el mundo.

Aun el anhelo de ayudar, si no es dirigido por la actitud de renuncia, puede alejar al Hijo/a de la idea de Cafh. El deseo de ayudar basado en una necesidad personal lleva al paternalismo; se inhibe el desarrollo espiritual de aquéllos a quienes se pretende ayudar, pues se les quita dignidad y oportunidad de aprender y hacer. La obra de Cafh, por el contrario, se expande a través de la Enseñanza compartida y de la Economía Providencial actualizada.

La Gran Obra se hace por participación. Una actitud independiente —separada— se opone a la Gran Obra como un obstáculo irreductible y, finalmente, excluye de ella.

Si el Hijo/a no desarrolla su actitud de renuncia puede dañar a otros Hijos/as y a la obra de Cafh. Aún más, si el Hijo/a no está abierto a la expresión renovada de la idea de Cafh, puede desvirtuar la Enseñanza. Si el Hijo/a tiene en Cafh otro apoyo fuera de la renuncia, participa de Cafh sólo exteriormente; su vida espiritual es sólo un anhelo sin asidero en la realidad de su experiencia.

La fuerza de Cafh, al hacerse obra, crea multiplicidad. Para que se mantenga la pureza de la obra es necesario que los Hijos/as, al mismo tiempo que hacen obra, permanezcan interiormente centrados en la idea de Cafh. Es decir, toda acción debe originarse en la actitud de renuncia y ha de tener como único fin la unión substancial con la Divina Madre.

El silencio interior, la rutina del método y la paciencia que llevan paso a paso hacia la simplificación de los compuestos encierran el secreto de la acción del Hijo/a: concretar en obra sin desvirtuar la pureza de la idea.

El Cuerpo Místico de Cafh es Ired: gracia divina que encarna en las almas y retorna a lo divino a través de la realización espiritual de esas almas. Por eso las almas son el fin y el medio de la obra de Cafh.

Todas las almas participan potencialmente de la ideación divina. Pero cada alma, con su esfuerzo, ha de expandir su conciencia para conquistar su participación activa en la Gran Obra.

¿Qué determina la capacidad de renuncia del alma? ¿Es su realización fruto de su voluntad o de su actitud de renuncia?

Voluntad y actitud de renuncia deben mancomunarse para lograr la renuncia como estado.

La gran tragedia humana es confundir liberación con el ejercicio indiscriminado de una voluntad cegada por la ignorancia. La voluntad sin conciencia expansiva lleva hacia la repetición de experiencias sin frutos que impulsen el desenvolvimiento.

La voluntad dirigida por la razón es apta para conquistar el campo que la ley de consecuencias determina para el alma. Para trascender ese campo y acceder a nuevas posibilidades es necesario que la voluntad sea regida no sólo por la razón sino por la renuncia. Ésta es la esencia de la verdadera libertad pues otorga dominio sobre el propio destino.

La armonía entre voluntad y conciencia es libertad. Este proceso de renuncia permanente marca el camino de liberación del Hijo/a de Cafh.

El estado de renuncia no ofrece asidero a la lógica lineal. Sin embargo, la obra del Hijo/a de Cafh en el mundo se hace evidente a través de su vida: la Enseñanza actualizada y realizada.

LOS VOTOS

Quinta Enseñanza

El momento del ingreso a Cafh es la base de todos los compromisos posteriores del Hijo/a. Para que el Hijo/a comprenda la dimensión espiritual de su primer voto es necesario que al ingresar haga un examen retrospectivo. Así comprenderá cómo, aun estando a ciegas, su destino lo guió hacia el camino espiritual.

Cuanto más clara es la vocación del Hijo/a, tanto más profunda es su actitud de ofrenda y servicio en su primer voto.

Sentimientos hasta entonces desconocidos embargan al Hijo/a al ponerse en contacto con Cafh; especialmente un sentimiento de gran responsabilidad, tanto en su vida personal como en su relación con la sociedad y el mundo. Esta toma de conciencia da nacimiento al amor de participación, y el Hijo/a sella su amor a través de sus votos.

Los votos unen al Hijo/a con el destino de la humanidad, ya que comprometen su vida con su desenvolvimiento espiritual y con el de todas las almas. Al ponerse en contacto con la Gran Corriente y compartir la fuerza del Cuerpo Místico de Cafh, el Hijo/a expande su conciencia espontáneamente. El Hijo/a encuentra su hogar y su familia espiritual en la humanidad. Comprende infusamente la tarea que ha de efectuar como colaborador en la realización del destino humano. Ama su misión y tiene fe en la asistencia divina para cumplirla.

No hay fuerza humana que por sí sola pueda mantener al alma centrada en su vocación. Los votos son la fuerza del Hijo/a, porque son el nexo entre su ofrenda y la gracia divina que lo asiste para que su esfuerzo dé frutos de comprensión, amor y participación.

El voto de silencio es la expresión del amor del Hijo/a hacia la Divina Madre, a quien se une con un lazo de intimidad y de silencio.

El Hijo/a practica el silencio y comienza a adentrarse en la oración, que es el tesoro del voto de silencio.

El voto de silencio es una necesidad del alma, tanto ascética como mística. El Hijo/a no lo vive como una imposición sino como el resultado de su compromiso espiritual. El silencio lo capacita para escuchar, para comprender y para conocerse a sí mismo. Sobre todo, lo hace apto para oír la voz de su vocación espiritual y para recibir la enseñanza que le brinda su propia vida.

El fruto del voto de silencio es el don que el Hijo/a adquiere para conquistar a las almas. Como nadie conoce quiénes son los predestinados para Cafh, el amor del Hijo/a lo lleva a llamar a todas las almas al sendero espiritual; las busca continuamente. Su única guía es el amor que nace de su silencio y que se proyecta sobre todas las almas. Él desea ver a todas en el sendero hacia la Divina Madre.

El amor fiel es para siempre y, al comprenderlo, el Hijo/a emite su voto de fidelidad. El amor a la Divina Madre hace al alma fiel hasta el final.

El amor fiel es íntegro, total, sin reservas. Hace al Hijo/a observante, cumplidor, atento, cuidadoso de sus sentimientos y de sus pensamientos.

El amor fiel hace al Hijo/a partícipe de la doctrina de Cafh. ¿Cómo podría un Hijo/a ser fiel a Cafh si no participara de su Enseñanza?

La fidelidad hace que el Hijo/a quiera identificarse con el Plan Divino. Este anhelo lo lleva a emitir el voto de obediencia. Este voto es un acto de amor y de unión.

El alma cuenta con su esfuerzo y su voluntad. Sin embargo, también necesita abandonarse en la Divina Madre. Su esfuerzo y su voluntad la hacen caminar; el abandono en la Divina Madre le muestra el sendero a recorrer. Cuando el alma se entrega a la Divina Madre encuentra la guía que necesita para lograr la perseverancia final.

La obediencia impuesta es un cautiverio. Mas la obediencia que nace de la conciencia de estar unido al universo es amor, fuente de comprensión y de felicidad. La obediencia impuesta es lenta, pesada, difícil. La obediencia que nace de la fidelidad y de la comprensión es pronta, sincera, sin reservas.

El voto de renuncia confirma la ofrenda que el Hijo/a vivió desde el comienzo del Sendero. Al conocer los tesoros del amor el alma busca desechar todo lo que la distrae de él. No quiere que nada ni nadie lo aparte de su bien.

La Renuncia abarca la vida entera. El Hijo/a, por etapas, aprende a no hacer distinción entre lo que le gusta y lo que no le gusta; a compartir lo que tiene; a querer a todos por igual; a amar a sus familiares y amigos con los lazos de la amistad espiritual y a poner su vida al servicio de la Gran Obra.

Los votos acompañan, guían y sostienen al Hijo/a desde el principio al fin del sendero.

OBEDIENCIA A LA LEY

Sexta Enseñanza

Los Hijos/as de Cafh observan las leyes y normas del país en que viven o en el que se encuentran temporariamente.

Algunas personas piensan que hay que obedecer el propio parecer y acatar las leyes justas, e ignorar las que no lo son. Pero aplicar este criterio genera violencia y caos, ya que significa actuar según el propio parecer. Se avasalla el derecho de otros, lo que a su vez trae violencia sobre uno mismo.

La obediencia a las leyes es la base de toda sociedad organizada.

Sin ley no hay organización; sin organización no hay sociedad. Y sin obediencia a la ley no hay paz ni estabilidad.

Los grandes Maestros de la humanidad brindaron leyes que representaron un avance inmenso sobre el nivel social y moral de los pueblos, y abrieron nuevos campos de posibilidades para el adelanto espiritual de las colectividades y de los individuos. Manú las expuso en el primer código legal que se conoce; Buda las señaló en el Óctuple Sendero; Moisés las escribió en los Mandamientos; Jesús predicó la “Norma de Oro”: “Como quisiérais que os traten los hombres, tratadlos así vosotros”.

Hay una ley implícita que rige la vida humana y que se hace evidente en la relación entre las acciones y sus consecuencias. Se podría decir que los efectos de las acciones son sus ecos: el amor se multiplica en amor; la violencia, en violencia. Esta secuencia no siempre es clara cuando se miran sólo los resultados inmediatos de algunas acciones; pero siempre se hace evidente cuando se observan las consecuencias a largo plazo.

Tanto las acciones como las omisiones tienen efectos correlativos. El mal que una persona hace, tarde o temprano se vuelve en contra de ella. Quien trata mal a otros pierde a sus amigos y no tiene a quien recurrir. Cuando uno no responde con amor a las necesidades de su familia, se queda sin hogar. Quien trata mal a sus Hijos/as los transforma en adversarios. Quienes promueven la miseria de otros, a poco andar la escuchan llamar a la puerta de su casa. Aquél que incita a la violencia termina viviendo en un caos. El oportunista que quiebra cualquier regla para lograr beneficios inmediatos camina hacia su propio infortunio. Los gobernantes irresponsables generan su propia decadencia y la de su pueblo. Cuando se siembra la ignorancia se cosechan las ruinas de una cultura. En cambio, el amor que se brinda retorna como bienestar y sosiego; quien ayuda a otros en momentos difíciles tiene una mano a la cual asirse cuando la necesita; quien educa a sus Hijos/as con amor y equilibrio gana compañeros de camino; cuando se promueve el conocimiento florecen las posibilidades, aumenta la libertad y avanza la civilización; cuando se ofrenda la vida para el bien de todos se ilumina el camino de las almas hacia su liberación interior.

Las leyes civiles —cuando a través del tiempo se perfeccionan para dar respuesta a las cambiantes necesidades sociales e individuales— tratan de expresar, con mayor o menor fidelidad, esta ley de la vida.

La sociedad ha logrado un desarrollo que le permite perfeccionarse a sí misma a través de sus propias leyes e instituciones. La conquista de las sociedades democráticas es perfeccionar la ley actuando dentro de la ley.

La comunicación rápida, la instrucción para todos y el adelanto del conocimiento están desarrollando el sentido de responsabilidad social y la conciencia de la influencia que cada uno tiene en las decisiones de sus gobiernos. Ya no se espera que las soluciones a los problemas sociales aparezcan cuando el destino coloque a iluminados a la cabeza de los pueblos, sino que se sabe que cada uno tiene poder suficiente como para mejorar el sistema social en el que vive —si asume su responsabilidad, usa bien su discernimiento y ejercita con propiedad sus derechos.

La conducta individual puede producir cambios sociales importantes, tanto para bien como para mal.

La manera de actuar del Hijo/a es su enseñanza explícita. La vida del Hijo/a, como la de cada persona, genera un modelo. El buen ejemplo de los Hijos/as cunde en su medio y se expande en toda la sociedad.

Lo que cada persona hace es su mensaje de lo que hay que hacer. Cuando no hace lo que se supone que tendría que hacer —respecto de la ley vigente, de su responsabilidad en el trabajo, de su manera de conducirse en la calle y en la ruta, de comportarse en las diferentes situaciones— está enseñando que está bien proceder de manera contraria a la ley o a las normas de conducta vigentes. Este tipo de ejemplo degrada el orden social y contribuye al caos y a la anarquía.

Si la persona no se expresa —calla o mira hacia otro lado— cuando alguien viola la ley, está diciendo que concuerda con esa manera de actuar. Esto no quiere decir que la persona responsable fuerza la conducta de otros, los critica o discute con ellos, sino que da a conocer su criterio con mansedumbre y claridad a quien corresponda y en el momento oportuno.

El hecho de que uno o muchos no cumplan una ley no es excusa para que el Hijo/a no lo haga. Al contrario, aunque él sea el único que la acate, ha de proceder siempre de acuerdo con la ley y las normas, y no según las conveniencias. El Hijo/a siempre hace lo que sabe que hay que hacer, aunque esté solo y nadie pueda enterarse de su conducta.

Especialmente, el Hijo/a nunca procede contrariamente a la ley para obtener beneficios.

En el caso de que una ley sea evidentemente injusta, la manera de cambiarla es desarrollando la conciencia de las gentes a través de la educación, la solidaridad y el propio ejemplo. En una situación extrema de injusticia viene al caso el ejemplo de Gandhi: una acción no violenta que si exigiera un sacrificio sería el propio y nunca el de otros.

EL HIJO/A FRENTE A LAS RELIGIONES

Séptima Enseñanza

A través del Camino de la Renuncia, Cafh lleva a los Hijos/as a participar con todos los seres humanos. El método de Cafh refleja esta Enseñanza. En consecuencia, las actitudes que separan o enfrentan a los seres humanos, tales como la crítica, la discriminación o la persecución religiosa son ajenas a Cafh.

Por esta razón el Reglamento establece que los Hijos/as respeten la religión o religiones que se profesan en el país en que residen..

Dentro de este espíritu los Hijos/as respetan no sólo la religión del país en que viven, sino todas las religiones. Al mismo tiempo, tienen muy clara la diferencia entre respetar una religión y pertenecer a una organización religiosa; por eso respetan a todas pero no se embanderan con ninguna.

Al respetar todas las religiones, el Hijo/a respeta la manera de sentir y de pensar de todos los seres que orientan su vida de acuerdo con sus convicciones. De esa manera también valida su derecho a vivir de acuerdo con su pensar y su sentir; si él no respetara las creencias ajenas no podría reclamar respeto a su derecho a la universalidad.

Las revelaciones que dieron origen a las grandes religiones coinciden todas en lo mismo. Impulsan a los seres humanos a establecer una relación con lo divino y promueven su desenvolvimiento y el de la sociedad a través de principios éticos basados en el amor, la hermandad y la observancia de normas. Y, de una u otra forma, enseñan el desapego y la abnegación como camino hacia la unión con lo divino.

En cambio, las interpretaciones de estas revelaciones que se hicieron luego, los dogmas que se les agregaron y las organizaciones de poder que se crearon, generaron la división, el encono y la lucha de unos grupos contra otros. ¡Cuántos seres humanos han matado y han perecido en nombre de sus Dioses!

Si un Hijo/a sintiera la necesidad de profesar los dogmas de su tradición religiosa, de adoptar otros o de pertenecer a organizaciones sectarias, significaría que no comprendió la Enseñanza de Cafh y que busca algo diferente de la apertura hacia una religión universal, que es lo que Cafh puede brindarle.

La relación de los Hijos/as con lo divino es directa y libre de sistemas dogmáticos. Al dar su primer voto en Cafh el Hijo/a adopta un camino de desenvolvimiento que no le pide adhesión a un dogma. El Hijo/a se une con lo divino a través de la profundización de su estado de conciencia, un proceso completamente ajeno al encerramiento dogmático.

A medida que el Hijo/a se desenvuelve comprende los fundamentos de la universalidad y el valor relativo de su tradición religiosa, y se aboca a la realización del ideal subyacente en todo pensamiento religioso: la unión con lo divino.

Al dar a la religión su significado espiritual, los Hijos/as entienden el rol de Cafh en el advenimiento de la religión universal.

La religión universal surge espontáneamente cuando se reconoce lo que siempre estuvo al alcance del ser humano: dimensionarse en relación con un universo que sobrepasa su capacidad de percibir y entender; reconocerse como un punto en el que convergen líneas de fuerza dentro del misterio de la vida. Este misterio no puede reducirse a una serie de afirmaciones sobre la naturaleza, el comportamiento y las intenciones de Dios, que se pretende hacer inmutables a través de la arbitrariedad de un dogma, ya que necesariamente tales afirmaciones cambian por estar sujetas al devenir. La relación del alma con lo divino es directa y se realiza en el continuo devenir. Cualquier intento de cristalización de ideas la desvirtúa. Nada se puede interponer entre el alma y lo divino.

A través del desenvolvimiento de los Hijos/as, Cafh genera un estado de universalidad que se transmite a todos los seres humanos y, de esa manera, hace que la religión universal se haga realidad en el mundo.

LA FE

Octava Enseñanza

La fe es la base sobre la cual el Hijo/a se asienta para lograr su realización espiritual.

La predestinación pone frente al alma un ideal real, pero todavía desconocido para ella. El alma lo abraza a ciegas y se adhiere a él a través de la fe.

Apoyado en la fe, el Hijo/a penetra en su interior y levanta allí su tabernáculo secreto, alimentado con su amor y su esfuerzo. Los resultados de ese esfuerzo lo confirman cada vez más en su ideal; lo que encuentra a través de la fe robustece su fe. Sin embargo, ésta es sólo una parte de su trabajo espiritual. Para perseverar, el Hijo/a ha de lograr la fe pura y simple que se alimenta de la ofrenda de sí mismo y no depende de resultados.

El Hijo/a que se compromete con su vocación espiritual no se detiene en el ideal de la fe. Necesita poseer la fe en sí, y por ello pasa por experiencias que prueban su fe.

Parece una contradicción que un alma que se asienta en la fe experimente escrúpulos y dudas sobre la fe; pero es parte del trabajo espiritual del alma que se ofrenda pasar de un estado de conocimiento ideal de la fe a un estado real de fe pura. Sólo a través de la aridez más absoluta el ideal se hace realidad en el alma.

Muchas almas son duras en juzgar a los caídos y a los renegados; pero no han de olvidar que la prueba de la fe es tan grande que sólo pueden soportarla quienes son fuertes, están bien asentados en la virtud y cuentan con buena dirección espiritual.

En un principio el alma se siente tranquila y amparada trabajando en su interior para realizar su ideal; pero cuando el desconcierto y la duda destronan las creencias en las que asentaba su seguridad, ¿qué le queda?

Las crisis espirituales generalmente se desencadenan por hechos exteriores o por problemas interiores que, a pesar de no tener relación con la fe pura, ponen al descubierto los fundamentos endebles sobre los cuales a veces las almas, en el comienzo de su desenvolvimiento, asientan su vida espiritual. La decepción por la conducta de alguien a quien se había idealizado puede generalizarse y quebrar la fe en el ser humano. El deseo de satisfacer impulsos opuestos a los reclamos de la propia vocación se puede disfrazar como la pérdida de fe en el ideal espiritual. La fe en el poder de instituciones o en seres humanos que se proclaman iluminados suele llevar al escepticismo. Abrazar el dogma de una Iglesia como la verdad puede llevar al dolor de la separatividad. Creer ciegamente en una interpretación de la vida y el mundo que no admite análisis ni actualización puede llevar a la aislación y el obcecamiento. ¿Cómo podrán seguir teniendo fe estas almas cuando sus creencias se les presenten tales como son, insustanciales, generadoras de dolor e ignorancia? Esto muestra que la fe que no se pone en Dios sino en valores temporales es de poca vida y, tarde o temprano, deja al alma al descubierto, desamparada. Se dice entonces que el alma “pierde” la fe.

La fe en verdades reveladas y en sus ideas derivadas son apoyos para el trabajo interior, pero tampoco son la fe en sí.

La fe pura se conquista en la intimidad, cuando el alma renuncia a los objetos de fe y se ofrenda sin condiciones a la Divina Madre. Aparece cuando el templo interior está vacío y todo lo que podía atraer al alma y darle fuerzas parece haber desaparecido. El Hijo/a sabe que lo que cae con las pruebas no es su fe sino su interpretación de la fe y que ése es el momento de poner los ojos en la Divina Madre y no apartarlos de Ella. Se apoya en el sustento inmovible de su amor de renuncia. Busca la fe pura; se hace fuerte y aprende a conocerse a sí mismo. Ésa es su seguridad.

La fe está presente en el alma, aun cuando todo cambia y pasa, porque el poder de la divinidad permanece puro a través de su renuncia. La fe se hace inmovible: intuición desconocida, afirmación de los valores negativos, renuncia hecha vida.

El alma no confunde su poder de acción en el mundo que conoce y quiere dominar con la fe pura que la relaciona con lo desconocido y le abre las puertas de la eternidad. No cubre su vulnerabilidad frente a lo divino insondable con su capacidad relativa de conocer y hacer.

¿Quién o qué podrá alterar la fe del alma si ella renuncia? Aunque desaparezcan todos los credos, terminen todas las escuelas, mueran todos los maestros, su fe se mantendrá incommovible.

El Hijo/a, por la renuncia, posee la fe en sí: el poder de lo divino en su alma. Esta fe es la fuerza del alma consagrada.

COMUNICACIÓN ENTRE EL DELEGADO/A Y EL HIJO/A

Novena Enseñanza

Para que el Delegado/a pueda ayudar al Hijo/a a desarrollar una verdadera labor espiritual ha de conocerlo y ha de evaluar sus aspiraciones. El Delegado/a cuida en extremo no forzar la intimidad del alma; se acerca al Hijo/a convirtiéndose en el compañero espiritual que guía y sostiene sin hacerse notar. Cuando el Hijo/a siente de esa manera a su Delegado/a, se abre espontáneamente a la dirección espiritual.

El Delegado/a empieza a conocer la intimidad del alma conociendo su vida. Es necesario dejar que la conversación del Hijo/a sea espontánea y libre para que su alma se abra poco a poco.

La formación familiar del Hijo/a es de suma importancia para el desarrollo de sus características personales. La condición social del medio familiar, las relaciones en el seno de la familia entre padres y hermanos son pautas que ayudan al Delegado/a a comprender y a guiar al Hijo/a.

Aunque los extremos no son las situaciones más comunes, es bueno puntualizarlos pues ayudan a analizar las distintas dinámicas familiares.

El Delegado/a se encuentra frente a diferentes casos; por ejemplo, el Hijo/a centro de atracción o el Hijo/a rechazado. Estas actitudes de los padres causan en los niños respuestas complejas que suelen agravarse con los años y, a veces, llegan a tener consecuencias alarmantes.

La sobreprotección y una vida demasiado fácil generalmente producen en los niños una pseudo-seguridad que los impulsa a la vanidad y a la soberbia, lo que puede generar pasividad por temor al fracaso. En cambio, los hijos rechazados e incomprendidos suelen desarrollar sentimientos de inferioridad y de incapacidad que los hacen tímidos, esquivos, desconfiados y aun incapaces de brindar y recibir cariño.

Se advierte una mayor tendencia hacia el desarrollo de personalidades armónicas en quienes, cuando niños, no fueron ni sobreprotegidos ni azotados por el destino. El amor, la guía firme y consistente en la niñez generan personas con fortaleza, entereza y discernimiento.

El comportamiento escolar del hijo también es de suma importancia. El ambiente competitivo de muchas familias y colegios, aunado a la falta de discernimiento de cómo ayudar a formar el carácter del niño, lleva a los estereotipos del “alumno sobresaliente” y del “alumno que no aprende”.

En el primer caso se fomenta en el niño la idea de que es superior a otros y el deseo de la buena nota; esto lo lleva a no poder prescindir del triunfo continuo. Es así como muchos de estos niños, cuando llegan a la adolescencia y se enfrentan con los estudios superiores, al menor contratiempo se desmoronan emocionalmente y se inhiben, pues les falta la fuerza necesaria para superar situaciones adversas o de desafío.

En el segundo caso, el niño que tiene dificultades en el estudio tiende a desarrollar un complejo de inferioridad por los juicios imprudentes de sus padres o maestros que lo comparan desfavorablemente con otros niños o porque, en vez de asistirlo en el aprendizaje, lo culpan por no tener buenas notas. Si esto ocurre, el niño entra en un estado de incapacidad que no deja desarrollar sus facultades. El niño pierde confianza en sí mismo y su apatía cierra el círculo de una situación en la cual causa y efecto se refuerzan y explican mutuamente.

Por la imprudencia e ignorancia de los adultos respecto de la educación, estas experiencias, tanto la del niño brillante como la del niño lento en el aprendizaje, dejan marcas que se llevan a cuestas toda la vida.

El Delegado/a ha de conocer también la formación social y moral del Hijo/a. En el caso en que haya tenido que enfrentar situaciones de violencia, de deshonestidad o de crudo materialismo, es necesario asistirlo para que rescate de su interior su ideal más noble. Así

también cuando, como ocurre en esta época, ha crecido influido por la exagerada importancia que se da al hedonismo y a la actividad sexual temprana con el único fin de lograr sensaciones, el Delegado/a tiene ante sí la difícil tarea de infundir en el alma los valores de un ser humano íntegro: amor, sabio uso de la energía, respeto por la salud del cuerpo y del alma.

Todas estas situaciones y experiencias conforman la personalidad con la cual el Hijo/a ingresa a Cafh. El Delegado/a, suavemente, facilita la tarea del Hijo/a de hacer surgir su realidad interior y de reconocerla, hasta que, con la fuerza generada por su desenvolvimiento, pueda comprender, aceptar y trascender estados que lo mantienen preso de su pasado.

El Delegado/a enseña el Examen Retrospectivo apenas el Hijo/a ingresa. Este hábito de reconocerse a uno mismo en su actuar, pensar y sentir, sin juicio condenatorio y sin vanidad, es de gran ayuda para conocer las propias características y el origen de muchos problemas. En la propia conducta está la llave que abre el bloqueo de frustraciones y conflictos que pareciera imposible superar.

El Delegado/a, a través de la dirección espiritual, ayuda al Hijo/a a comprender que su vocación lo lleva a conocerse a sí mismo y a descubrir el amor de la Divina Madre. Nada ni nadie lo puede herir, ni criticar, ni menospreciar. Al contrario, al aceptarse tal cual es, al no tener miedo a verse tal cual la Divina Madre lo ve, acepta su vulnerabilidad y rompe el círculo de su pasado pues, al comprenderlo, lo transforma en Enseñanza.

Pasado, presente y futuro se hacen presente continuo cuando el alma se entrega a la Divina Madre y se aviene a conocer su verdadera identidad.

EL DELEGADO/A GUÍA DEL ALMA

Décima Enseñanza

Los Hijos/as que ingresan a Cafh, sobre todo si son jóvenes que aún tienen que definir su vida, no siempre comprenden su vocación en toda su profundidad y grandeza.

La gran responsabilidad del Delegado/a es observar al Hijo/a que emprende el camino espiritual para asistirlo en su discernimiento respecto de su vocación.

Los jóvenes se sienten llamados a cambiar el mundo. Estos estados, muchas veces de gran rebeldía, son propios del proceso de maduración del adolescente. En ambientes extremadamente permisivos o represivos la rebeldía puede transformarse en transgresión. En la mayoría de los casos esta actitud se diluye con el tiempo y, generalmente, el rebelde se transforma en el conformista. Lo lamentable es que detrás de la rebeldía y de la transgresión están el idealismo, los sentimientos nobles y la creatividad de la nueva generación, que se desvirtúan por no estar bien encauzados. Por ello es tan importante no reaccionar negativamente contra los adolescentes. Es necesario escucharlos, valorar sus ideas y puntos de vista y guiarlos hacia la realización de sus ideales.

La vocación espiritual aparece dentro del torbellino de la vida del joven. El Delegado/a sagaz identifica y rescata esta vocación para que el alma la nutra y la viva en toda su plenitud.

Sólo en algunos casos extraordinarios la vocación se revela de golpe. Normalmente el llamado vocacional se manifiesta en forma paulatina y silenciosa; se puede describir como el nacimiento de la conciencia de ser. A los fines explicativos se lo dividirá en tres llamados.

El primer llamado es el reconocimiento de la propia individualidad.

El joven conoce su nombre y apellido; conoce el lugar donde vive; conoce el mundo a través del estudio, de los medios de información, de los viajes; pero su inteligencia empieza a decirle que en realidad no sabe qué es el mundo ni quién es él mismo.

Estas preguntas expresan la necesidad imperiosa del alma de conocer su identidad y de profundizar en el sentido de la vida.

Cuando esa necesidad se agudiza o hace crisis produce el choque del adolescente con la familia, con los patrones de conducta que se le imponen, con la sociedad a la que pertenece. Es una fuerza que brota en el joven y que lo impele a la rebeldía como medio para lograr su independencia.

Esta rebeldía incomprendida por los mayores, esta lucha de la energía de los jóvenes con las actitudes endurecidas de los ya formados, muchas veces enmascara un aspecto vocacional. Algunas veces brota a través de la adhesión del Hijo/a rebelde a una idea o a una corriente nueva y mal mirada por los adultos conservadores. Otras veces esta vocación juvenil no es un ideal, sino un simple gusto por gastar energías. El baile, las diversiones, los paseos, los deportes y hasta los juegos expresan la necesidad del joven de sentirse vivo, de sentir quién es.

La rebeldía vocacional en los jóvenes los identifica con lo que ellos creen es su ideal. El adulto que actúa con inteligencia no intenta modificar radicalmente ese estado del alma sino que la escucha, valida sus ideas y emociones y la orienta de a poco al silencio, a la atención. Por sobre todo, guía al adolescente espejando en su propia alma lo que todo ser humano busca: la paz, la felicidad de ser quien es.

Luego a través del diálogo, la reflexión, el compartir inquietudes, procura orientar al alma hacia su interior para que sea en su propio centro donde ella vuelque su expansión, como centro de su conquista de sí misma, y no como seguidora de otros.

Es entonces cuando aparece el segundo llamado vocacional, el llamado al silencio y a la felicidad.

El alma, libre de las trabas de su personalidad adolescente y confundida, aprende a conocerse y siente que nace a una nueva vida. Tiene la plenitud de la vida en sus manos, tiene

la mente tranquila y el corazón sosegado, siente lo que es, sabe lo que quiere llegar a ser y siente que puede realizarlo.

Es un llamado íntimo a ser, un deseo de creación: crear un entorno y lograr una experiencia íntima para alcanzar la felicidad.

El Delegado/a guía a estos Hijos/as con mano firme y amorosa para que sepan distinguir, entre las fantasías, la realidad de su ideal de realización integral.

El Hijo/a después podrá experimentar triunfos y fracasos, pero este llamado vocacional será siempre para él como un estandarte. Aun si aparentemente cosechara más fracasos que triunfos, se valdrá de sus fracasos para volver a levantarse y seguir en el camino de la búsqueda de la verdad.

Cuando el Hijo/a sabe lo que quiere y lo que su vida vale llega a su corazón el tercer llamado vocacional, el llamado a la liberación.

El Delegado/a espera atentamente el momento en el que el alma se encuentra cara a cara con su verdad. Precipitar este estado en el Hijo/a o demorarlo sería igualmente dañino.

El tercer llamado vocacional se manifiesta cuando el alma se reconoce a sí misma y evalúa sus posibilidades; discierne lo transitorio de lo permanente, renuncia a vivir para sí misma y se aboca a realizar y transmitir el Mensaje de la Renuncia. Su vida es servicio, participación, renuncia; es decir, liberación.

La necesidad íntima de hacer de la vida una verdad que nutra y expanda no sólo la propia vida sino a todos y a todo, es la necesidad primera y más excelente que tanto el Delegado/a como el Hijo/a trabajan para satisfacer. Quiera la Divina Madre asistirlos en esta labor para que la aspiración más sublime que un ser humano pueda tener no se pierda en un sueño de irrealidad sino que sea alimento espiritual para el mundo.

El Delegado/a vigila este estado interior en el Hijo/a y en su propia alma. Que él tenga siempre presente su voto de renuncia, porque su fidelidad a éste es prenda segura de que podrá inspirar a las almas para que ellas también tengan siempre presente su vocación de renuncia.

EL DELEGADO/A COMO DIRECTOR ESPIRITUAL

Undécima Enseñanza

Cuando los Hijos/as empiezan el camino espiritual toman a su Delegado/a como Director Espiritual, a menos que se les asigne otro Director Espiritual.

La misión extraordinaria de los Delegados/as es orientar a los Hijos/as para que, a pesar de las dificultades que se les puedan presentar, logren la realización de su vocación de renuncia.

Desde un principio el Delegado/a enseña al Hijo/a a comprender el alcance que el Reglamento tiene en su vida. La Dirección Espiritual revela, paso a paso, el espíritu del Reglamento porque conecta la letra del Reglamento con las circunstancias diarias que el Hijo/a vive y con sus características personales. Cuando el Hijo/a se compenetra del espíritu del Reglamento vive a la presencia de la Divina Madre no en un sentido ideal sino real y concreto. Esto se evidencia en su discernimiento certero, en sus acciones rectas y en el amor con que asume todas las vicisitudes de la vida.

El Delegado/a orienta al Hijo/a para que arraigue en el presente los ideales de un futuro mejor, ya que el futuro se determina con la forma en que se vive el presente.

La Enseñanza de Cafh es vida y, como tal, sólo puede vivirse. El Delegado/a enseña que los ideales, los conceptos altruistas, las reflexiones, los consejos que se proyectan hacia un mañana esperando que las condiciones exteriores permitan vivirlos, no se hacen realidad. Es indispensable asumir hoy, tal cual uno es hoy, el compromiso de vivir lo que uno sabe y comprende hoy. Así se construye un futuro mejor para uno mismo y para el mundo.

Por otra parte, el Delegado/a sabe que la Dirección espiritual que imparte da buenos frutos cuando él es flexible, está dispuesto a aprender de los Hijos/as y cuando asume el compromiso de aplicar en su vida el Reglamento, el Método y la Enseñanza. Para este fin, el Delegado/a busca la dirección espiritual de su Delegado/a y hace de su relación con el Caballero/Dama Gran Maestre una unión de intención y de amor.

El Delegado/a es un observador atento. Escucha al Hijo/a con la mayor apertura y le permite expresarse con libertad. A través de las palabras del Hijo/a encuentra qué consejo darle. Brindar al Hijo/a la oportunidad de hablar es aliviarlo de sus males y preocupaciones.

El Delegado/a observa la salud del Hijo/a que le es confiado y procura que éste armonice la vida física con la intelectual y la espiritual. Si el Hijo/a habla sobre su familia y sobre las enfermedades de sus parientes, el Delegado/a podrá tener una idea de las enfermedades hereditarias que el Hijo/a podría padecer y así ayudarlo a prevenirlas.

El cuerpo, que es el templo del espíritu, también ha de transformarse para que el alma se una a la Divina Madre. El cuerpo no es el enemigo del espíritu; al contrario, cuando está bien dirigido es un factor que ayuda y estimula la transmutación espiritual. Sin embargo, al día de hoy se da más importancia a la satisfacción de los sentidos y a la belleza del cuerpo que a la salud. Aun cuando se trate de cultivar los músculos, muchas veces se lo hace en desmedro del bienestar del cuerpo.

Los defectos que algunas almas se achacan, la imposibilidad que manifiestan para practicar la ascética, puede deberse a falta de conocimiento de cómo manejar la salud física.

El Delegado/a está atento a las enfermedades crónicas y orienta a los Hijos que las padecen para que acepten su realidad con paciencia y con paz interior. Estas enfermedades, cuando son sobrellevadas con amor, estimulan el desenvolvimiento del alma y favorecen la virtud. Las enfermedades de los Hijos/as, si no son graves, no son impedimentos para que ellos perseveren en el camino espiritual.

La discapacidad y las enfermedades muy graves han de ser consideradas y analizadas con mucha atención. Si algún Hijo/a padeciera de una enfermedad contagiosa, el Delegado/a tomará los recaudos necesarios para ayudarlo a curarse y también para proteger la salud de los

demás Hijos/as. Si fuera recomendable, solicitará la dispensa de las obligaciones reglamentarias para el Hijo/a enfermo.

El Director Espiritual ha de conocer no sólo los problemas físicos de los Hijos/as sino también las dificultades de origen mental. Así como asiste al Hijo/a para que cure o trate las enfermedades orgánicas también le enseña a prevenir o curar las enfermedades mentales, tan corrientes al día de hoy.

La prevención es la herramienta más poderosa que tiene el ser humano para conservar su salud.

Hay muchísima ignorancia respecto de los requerimientos de la salud mental; gran parte de los problemas comienzan en el desconocimiento de la necesidad de responsabilidad en el matrimonio y en la procreación.

Cuando una pareja decide tener hijos, no siempre es consciente de la inmensa responsabilidad que esto implica. El Hijo/a que va a nacer necesita de un ambiente propicio para la salud del cuerpo y del alma. El fumar, el abuso del alcohol y de la comida o la alimentación deficiente, el uso indiscriminado de psicofármacos, los horarios erráticos, la conducta sexual promiscua, son algunos de los grandes males que afectan la salud física y mental tanto de los hijos que se gestan como de toda la humanidad, y esto sin hablar de los grandes problemas sociales del hambre, la falta de agua potable, de atención médica, de educación, que tanto se relacionan con la codicia, el egoísmo y la ignorancia.

El matrimonio es una institución que para cumplir su misión ha de basarse en el respeto mutuo y en la valorización del desenvolvimiento espiritual de cada uno de sus miembros. Cuando la sexualidad del matrimonio no se armoniza dentro de un contexto de compañerismo, amistad y asistencia mutua, se centra en los pares de opuestos de la atracción y el rechazo, y es fuente de desavenencias y antagonismo.

La institución del matrimonio tiene una finalidad individual, otra de pareja y una tercera finalidad, social. Las tres finalidades pueden ser armónicas entre sí o pueden entrar en grave conflicto. Todo depende del enfoque y del grado de renuncia de los miembros de la pareja.

La finalidad individual es que cada uno de los miembros de la pareja se complete y logre su madurez.

La finalidad de la pareja es la unión física y espiritual de ambos en una relación de amor y respeto.

La finalidad social es crear en el hogar un centro de valores morales y espirituales, de atracción y protección para la propia familia y para otros, ya sea que el matrimonio tenga hijos propios o que vuelque su capacidad de amar y trabajar en obras de bien. Esto hará posible que se haga realidad el ideal de un mundo mejor.

Cualquier parcialización o tergiversación de estas tres funciones crea problemas a nivel individual, de pareja y social. Esto genera dolor y enfermedad.

Si el casamiento aviva las pasiones sexuales en vez de profundizar la paz individual y el respeto mutuo, es improbable que las bajas pasiones que así se generan proporcionen un hogar equilibrado para el bienestar de los futuros hijos.

Las pasiones sexuales se transmiten inconscientemente a los hijos y sus influencias quedan allí sedimentando en los años de la adolescencia, pudiendo transformarse en futuros complejos y problemas de personalidad.

Aquéllos que siempre tienen melancolía y viven centrados en sí mismos necesitan un desahogo sentimental, y poca energía les queda para el cumplimiento de su vocación. Los Delegados/as sean pacientes con estos Hijos/as, pero cuiden de no fomentar la debilidad.

Cuiden los Delegados/as de no hacerse eco de las ideas fijas y persistentes de algunos Hijos/as. Cuando éstos dicen repetidamente que no pueden trabajar, que no pueden estudiar o que están inhibidos para realizar ciertos actos, sean parcos en escuchar y guíenlos para que se sobrepongan a esa actitud.

Desde luego, el Delegado/a no realiza en un día este proceso de observación. El conocimiento del Hijo/a es fruto de un análisis de años, efectuado con objetividad y amor.

La vida espiritual se asienta sobre la salud mental, y ésta sobre la física. El Delegado/a atiende a la armonía del cuerpo y del alma de los Hijos/as para que la vocación florezca en ellos en toda su plenitud. El análisis y la guía amorosa del Delegado/a puede hacer a todas las almas aptas para la vida espiritual.

Cuando los Hijos/as tienen un Director Espiritual que no es el Delegado/a de la Tabla, el Director Espiritual mantendrá informado al Delegado/a de todo lo que éste debería conocer para poder orientar a esos Hijos/as hacia su realización espiritual.

LA LABOR DEL ORADOR/A

Duodécima Enseñanza

La labor del Orador es de gran importancia en la formación de los Hijos/as. Por ello, estudia la doctrina de Cafh y cimienta su conocimiento en una vida dedicada al desenvolvimiento espiritual.

El desenvolvimiento espiritual da como fruto un estado de participación con todo lo existente; por eso se dice que el alma desaparece como una personalidad separada y opuesta. Este ideal de unión mueve al Orador/a a desaparecer espiritualmente y así poder espejar la Enseñanza de Cafh.

El Orador/a transmite a los Hijos/as la Enseñanza de Cafh; es muy cuidadoso en no verter conceptos que confundan la Enseñanza con otras concepciones que pueden ser semejantes en algunos aspectos, pero que no son la Enseñanza de Cafh.

El Orador/a respeta las creencias de los Hijos/as, ya que reconoce en ellas —como en sus propias creencias— el resultado de una formación cultural, social y racial. Por su parte, evita encerrar a las almas en concepciones dogmáticas dando la Enseñanza en toda su amplitud y universalidad. Cuando el Hijo/a comprende la Enseñanza de Cafh va dejando de apoyarse en interpretaciones estáticas y rígidas, y comienza a descubrir la libertad interior.

El Orador/a, a través de su propio desenvolvimiento espiritual, adquiere una sensibilidad que le permite conocer a las almas por similitud, sin necesidad de recurrir ni a confidencias ni a conversaciones personales o particulares; sin embargo, jamás cambia el tema de enseñanza establecido para cada reunión para responder a lo que él cree es una necesidad del momento, particular de un Hijo/a o del grupo. Él trabaja unido estrechamente con el Delegado/a y le informa sobre las actitudes, las tendencias de carácter extremas, las dificultades en las relaciones, las inclinaciones personales que percibe en las reuniones, ya que sólo el Delegado/a imparte dirección espiritual a los Hijos/as. El Orador/a informa al Delegado/a sobre hechos, y no hace apreciaciones sin fundamento respecto de los Hijos/as.

El Orador/a recuerda que su palabra ha de ser como la Voz de los Maestros, que guía sin hacerse notar. Por eso se esfuerza en ser sólo un canal por el que se vierte la Enseñanza, en estimular el conocimiento y el desenvolvimiento integral de los Hijos/as.

El Orador/a expresa fielmente la doctrina de Cafh. Para ello estudia, medita y prepara concienzudamente la Enseñanza que explica en la media hora de exposición. Su presentación está lógicamente articulada; los ejemplos son claros y acrecientan los conocimientos de los Hijos/as. En su exposición, y también a lo largo de toda la reunión, evita situaciones de polémica, posiciones ideológicas y opiniones personales.

Cuando el Orador/a explica un concepto de la Enseñanza lo sostiene con fundamentos evidentes. Si expone una idea que no se apoya en evidencias, la explica como punto de vista de Cafh. Si se diera el caso de que un Hijo/a expresara desacuerdo con la Enseñanza (esté seguro el Orador/a de que se trata de un concepto de la Enseñanza y no de algo que él dijo como opinión), le recuerda que el Reglamento no exige creer en la Enseñanza sino estudiarla. La argumentación y la crítica son más que nada pérdida de tiempo.

El Orador/a es firme y claro respecto de los conceptos de las Enseñanzas y no los acomoda a los deseos y opiniones de los que lo escuchan. Usa su autoridad para hacer prevalecer la Enseñanza; pero nunca, jamás, para hacer que otros concuerden con su opinión o punto de vista particular. Éste es un aspecto básico de la formación del Orador/a.

Si algún Hijo/a está en desacuerdo con una posición u opinión del Orador/a, éste es ecuánime, acepta las opiniones de otros y, al no discutir para hacer prevalecer su punto de vista, da la enseñanza de Cafh en toda su pureza.

El Orador/a nunca habla de sí mismo ni se pone como ejemplo. En el estrecho contacto que mantiene con los Hijos/as muestra su comprensión, su discreción y los efectos de su labor

espiritual. El mensaje que transmite con su vida revela a los Hijos/as el alcance que la realización de la renuncia puede tener en sus vidas; esto basta como ejemplo y previene al Orador/a de caer en la petulancia, en la autoalabanza o en la autocrítica.

El Orador/a, con su elocuencia, alimenta la vocación de los Hijos/as; se transforma en la chispa que mantiene encendido el ideal más puro del ser humano.

El Orador/a se ofrenda sin esperar nada en cambio; expone la Enseñanza sin especular cuál será el fin de cada alma; pone en cada palabra el infinito caudal de amor con que la Divina Madre nutre su corazón.

Recuerde el Orador/a que “la palabra mueve; el ejemplo conduce; pero sólo el darse transforma”.

EXPOSICIÓN DE LA ENSEÑANZA

Decimotercera Enseñanza

Los Oradores/as tienen la misión de transmitir la Enseñanza en toda su pureza y fidelidad para que el Hijo/a desarrolle su fuerza moral y conceptual. No desestimen los Oradores/as la influencia de la Enseñanza sobre la vida de los Hijos/as y su responsabilidad frente a su labor de transmitirla.

El Orador/a induce a los Hijos/as a ser fieles a los conceptos fundamentales de Cafh y es riguroso en la transmisión de los mismos. La Enseñanza de Cafh es el punto de apoyo para que los Hijos/as se desenvuelvan espiritualmente.

El Orador/a es un pensador, un místico y un asceta. Es decir, estudia, vive la Enseñanza y practica el método. El aspecto más importante de su formación es su vivencia del Camino de la Renuncia.

El Orador/a conoce los postulados de Cafh, pues éstos le ayudan a comprender la amplitud del camino espiritual. Conoce los principios de Cafh, ya que los Hijos/as basan sus vidas en ellos para lograr un desenvolvimiento armónico. Conoce el método, pues da los medios para lograr la expansión de la conciencia. Conoce la doctrina y no la confunde con los conceptos de otras religiones o filosofías; transmite a los Hijos/as ideas claras en la exposición de la Enseñanza.

El Orador/a conoce el vocabulario de la Enseñanza y domina el sentido que Cafh da a términos tales como Dios, Idea Madre, Renuncia, Egoencia, Gracia, Libre Albedrío, Libertad, Economía Providencial, Reversibilidad, Responsabilidad, Presencia, Participación, La Gran Corriente, Ired, el Devenir.

El Orador/a define los conceptos de la Enseñanza de Cafh repetidamente, para que se impriman en la memoria del Hijo/a. Sabe identificar en las Enseñanzas las ideas fundamentales y les da la importancia y el realce necesarios para que los Hijos/as también las identifiquen.

El Orador/a tiene siempre a mano ejemplos gráficos para ilustrar la Enseñanza y también información sólida para sustentar los conceptos que expone; usa métodos renovados y técnicas apropiadas para hacer de la exposición de la Enseñanza un momento esperado por los Hijos/as. En cuanto a las ideas secundarias y derivadas, las transmite utilizando modos y recursos adaptados a las necesidades y a los intereses de los Hijos/as y revisados de acuerdo con el avance del conocimiento.

El Orador/a no se repite; su exposición responde al tiempo y a la circunstancia. Cuida especialmente de usar un lenguaje adecuado a quienes lo escuchan. Evita la terminología sofisticada o tan especializada que sólo los que estudian ciertas disciplinas conocen su significado. El Orador/a expone con sencillez y claridad.

El Orador/a se presenta a la Enseñanza habiéndola estudiado concienzudamente y sabiendo exactamente qué va a decir y cómo lo va a decir. No se deja llevar por su facilidad para improvisar ni por una inspiración instantánea. No imagine el Orador/a que los Maestros le inspiran la Enseñanza precisa y únicamente en el momento en que tiene que transmitirla; pensar así lo induciría a transformar el momento de Enseñanza en un rito mágico, en vez de consistir en la transmisión de conocimiento. Los Maestros iluminan y guían al Orador/a que estudia y razona, lee y recuerda, comprende y practica la Enseñanza. Sea el Orador/a precavido y no caiga en la tentación de la magia, ni de la improvisación movida por la emoción ni en el palabrerío insustancial. La Enseñanza de Cafh no excita la emoción sino que apela a la mente y al sentimiento de ofrenda y amor desinteresado. El Orador/a cuida especialmente de no encerrarse en un círculo de ideas y opiniones que cristalicen la Enseñanza.

El Orador/a sabe que la riqueza de su propia experiencia da fuerza y convicción a su exposición. Los apuntes son su punto de apoyo; lo que estimula a las almas y despierta en

ellas la necesidad de expandir su conciencia es su palabra viva, ya que fluye de su desenvolvimiento, de su adhesión a la idea de la Renuncia, de su fidelidad a la Gran Obra.

El Orador/a es entusiasta, flexible, directo y humilde. Una exposición clara, organizada y dinámica de la Enseñanza impartida con el corazón puesto a los pies de los Santos Maestros impulsa al Hijo/a a hacerla efectiva en su vida, a practicarla y así desenvolverse.

Los Oradores/as son pilares de la Obra de Cafh en el mundo. Es por ello que su labor ha de ser abrazada con amor, responsabilidad y sentido de participación.

Los Hijos/as necesitan de la Enseñanza para alimentar su trabajo espiritual, fortalecerse interiormente e impregnarse de conceptos espirituales. Sean cuidadosos los Delegados/as de no otorgar este apostolado como recompensa a algún Hijo/a que quiera ser promocionado ni como estímulo al que muestre debilidad.

LOS BIENES INTRÍNSECOS

Decimocuarta Enseñanza

Los bienes de Cafh son intrínsecos. Pertenecen al ámbito del desenvolvimiento interior del ser humano.

Cafh no tiene posesiones extrínsecas. Al renunciar a los bienes extrínsecos por los bienes intrínsecos Cafh pone en las manos de los Hijos/as una incalculable fortuna de bienes que ellos brindan a la humanidad.

Renunciar a los bienes extrínsecos por los bienes intrínsecos es un desplazamiento de los valores inmediatos y estáticos a un campo dinámico. Aun el comerciante sabe que la ganancia verdadera de una empresa no es tanto ganar dinero como ganar un cliente.

Los bienes extrínsecos con que cuenta Cafh para su desarrollo y el de sus obras son bienes que los Hijos/as usan y cuidan, pero que no les pertenecen.

Los bienes extrínsecos que usan las Obras de Cafh para su funcionamiento están regidos por la ley de propiedad de cada lugar, pero doctrinariamente los Hijos/as sólo administran esos bienes con un sentido de usufructo, mientras sirvan para la relación entre Cafh y las almas. Una vez que esos bienes cumplen su función, puede ocurrir que la Obra de Cafh no los use más y los deje en las condiciones que establezca la jerarquía de Cafh y la ley que los rige.

Si un Hijo/a no fuera consecuente con este concepto y usara los bienes de las obras de Cafh con un sentido personal y posesivo, su actitud incidiría sobre la labor de Cafh. El Cuerpo Místico de Cafh vitaliza al Hijo/a y a las obras, pero no da la realización al Hijo/a ni el éxito a las obras. El Hijo/a alcanza la realización con su propio esfuerzo, y el éxito de las obras depende de la dedicación, la inteligencia y la actitud de renuncia con que las dirigen los Hijos/as responsables de ellas.

Se conoce si las obras cumplen su cometido por sus resultados. Las que mantienen puro el sentido no posesivo del uso de los bienes tienen un efecto bienhechor y expansivo para el medio. Las obras que son dirigidas con un sentido personal y posesivo tienen resultados restrictivos y burocráticos y hasta egoístas.

Cafh, al enseñar la Economía Providencial, enfatiza la necesidad de cimentar el esfuerzo en valores intrínsecos. El resultado de esta actitud es una vida orientada al logro del bienestar común, la armonía con el medio y el desarrollo de la responsabilidad.

Vivir la Economía Providencial en el sentido social es ocupar un lugar en el mundo y en el usufructo de la riqueza, y no más; es transformar la propia energía en fuerza mental para el mundo y generar tanto con lo que sirve como con lo innecesario y lo sobrante bienes necesarios, reales, fuente de riqueza futura para uno y para todos.

La causa de la miseria del mundo no es el sistema de propiedad sino el sentido de posesión egoísta. Los bienes que se poseen para aumentar la producción y distribuirla en forma adecuada en el momento oportuno son fuente de riqueza para los seres humanos, en tanto que los bienes que se acumulan por codicia, por especulación y para usufructo desmedido son causa de miseria para el mundo. La Economía Providencial propone al mundo una solución para los problemas económicos y sociales, para la eliminación de la pobreza, la infamia y la mendicidad. Sin embargo, esta doctrina no es para ser explicada solamente, sino para ser vivida, ya que esta solución es viable cuando la idea de la Renuncia es la motivadora de las acciones de los individuos.

Cuando el ser humano corre lleno de ansiedad por alcanzar más y más posesiones, pierde de vista su verdadera riqueza interior y su fin último, la unión con la Divina Madre. En cambio, cuando centra su atención en los valores intrínsecos o esenciales, comprende que cualquier posesión extrínseca es circunstancial, temporaria. Nadie puede tener la seguridad de que podrá mantener sus posesiones toda la vida. Más aún, sabe que la muerte se encargará de

despojarlo de los bienes más preciados. Los bienes intrínsecos, fruto del trabajo realizado en uno mismo, enriquecen la vida en forma imperecedera.

El despertar de la conciencia expande la noción que el individuo tiene de sí mismo y de su relación con el medio. El resultado de este proceso de auto-concientización es comprender que los recursos materiales son patrimonio de la humanidad y saber discernir entre necesidades reales y necesidades creadas. Satisfacer únicamente las necesidades reales es, como se ha dicho más arriba, ocupar un lugar en el mundo y no más.

Los bienes intrínsecos que Cafh enseña a generar a través del desenvolvimiento de los Hijos/as son inagotables, porque pertenecen a la esencia del ser. Estos bienes inmanentes son magnéticos, mentales, anímicos y espirituales, y se expanden a toda la humanidad.

Son bienes magnéticos pues la práctica de la renuncia potencializa las fuerzas del Hijo/a, quien se transforma en un centro que irradia energía espiritual. Esta energía es fuente de bienestar para la humanidad.

Son bienes mentales porque a través de los ejercicios de meditación y de concentración, el Hijo/a ejerce dominio sobre su mente, estimula su creatividad y potencializa sus pensamientos.

Son bienes anímicos porque el Hijo/a se fortalece con la práctica de la Ascética de la Renuncia y la Mística del Corazón. Deja de depender del vaivén emocional de sus estados de ánimo. En lugar de necesitar del apoyo de otros, se convierte él mismo en una base sólida y confiable, con fuerza interior suficiente para ayudar a otros.

Son bienes espirituales porque todos los recursos necesarios para lograr el propio desenvolvimiento están en el ser mismo.

Con estos bienes los Hijos/as pueden ayudar en forma efectiva a la humanidad. Al asentarse en sus bienes intrínsecos, el Hijo/a se convierte en un foco que irradia paz, armonía, bienestar y felicidad a quienes lo rodean y a toda la humanidad.

Los atributos que usan los Hijos/as expresan el bien intrínseco del cumplimiento de los votos. Si un alma se aleja de Cafh o no cumple sus votos, ha de devolver los atributos y todo objeto o escrito que ataña a Cafh, tal como lo indica el Reglamento.

TIEMPO DIMENSIONAL Y TIEMPO EXPANSIVO

Decimoquinta Enseñanza

El ser humano, acicateado por el tiempo, no logra plenitud interior. La misma idea del paso del tiempo lo abrumba. Aun cuando no se deja dominar por la presión diaria de la falta de tiempo teme su vejez y, eventualmente, su muerte. El tiempo dimensional, con el reloj como símbolo de su inexorabilidad, corre hacia adelante sin detenerse nunca.

Cuando el tiempo se vive sólo en su aspecto dimensional la vida es comenzar y terminar, y la muerte es una amenaza siempre presente. Aunque se haya logrado felicidad, bienestar, salud y belleza, se vive en pos de una quimera que nunca se podrá alcanzar: que esa situación de éxito se transforme en un momento eterno. Lo cierto es que todo lo que comienza, termina; lo que hoy se posee, se dejará.

¿Cómo vencer al tiempo? Esta pregunta, hecha de infinitas maneras a lo largo de la historia, aún no tiene respuesta.

La vivencia del tiempo dimensional depende del grado de expansión de la conciencia del ser humano y de cuán susceptible es a los altibajos de sus estados de ánimo. El tedio, el aburrimiento, estiran la vivencia subjetiva del tiempo. La ansiedad, el afán, acortan la percepción del tiempo.

La relación que uno establece con sus experiencias también determina su vivencia del tiempo. El tiempo tiraniza cuando uno teme que le quite lo que posee; o cuando lo ignora, pretendiendo que no existe. El tiempo libera cuando se lo usa como ámbito donde uno se desenvuelve. El tiempo, como el espacio y las circunstancias de la vida son los elementos con los cuales el ser humano tiene que producir su propio desenvolvimiento.

El Hijo/a, al renunciar, se limita deliberadamente dentro del tiempo; lo acepta.

El Hijo/a comienza el Camino de la Renuncia con sus votos, con la Enseñanza y con el cumplimiento de las normas del Reglamento. La primera renuncia del Hijo/a es el voto que lo limita dentro del Radio de Estabilidad de su Tabla y, especialmente, de su alma. La primera Enseñanza que recibe es la de callar y mantenerse expectante y atento para percibir el mensaje que le brinda la vida y le inspiran los Maestros. La primera norma que adopta es el método de vida que lo ata al tiempo. Este simple hecho, de atarse deliberadamente al tiempo, encierra el secreto de la renuncia y abre la puerta hacia la eternidad.

La renuncia libera al Hijo/a del tiempo dimensional intelectualmente. Al comprender lo ilusorio de la separatividad no se identifica con sus deseos, ilusiones y pasiones, que son los rieles por donde corre la ansiedad, el hastío y el temor, los grandes distorsionadores del tiempo.

La renuncia libera al Hijo/a del tiempo dimensional sensiblemente. Cuando uno renuncia a centrar su vida en la satisfacción de sus gustos y preferencias, de sus prejuicios y sus vaivenes mentales, sus sentimientos y sus pensamientos se liberan de la tiranía del egoísmo y el alma encuentra tiempo para todo lo que hace falta hacer. No se somete a la tiranía de sus necesidades particulares ni deforma la realidad en el afán por satisfacerlas. De esa manera los aspectos vegetativos, sensitivos y racionales de su mente operan automáticamente, sin interferir en su discernimiento, su voluntad y sus decisiones. Así como las funciones del cuerpo físico trabajan por sí mismas sin requerir mayor atención, así también logra que los movimientos emocionales y racionales no interfieran sobre la conciencia de sí mismo, de su individualidad.

La renuncia libera al Hijo/a del tiempo dimensional espiritualmente. El Hijo/a ya no corre en pos del tiempo sino que lo acepta y usa exhaustivamente, sin desperdiciar un solo segundo. Si bien comprende que la vida comienza y termina, que los estados empiezan y acaban, sabe que no está perdiendo algo. No se identifica con el continuo vida-muerte, porque ni se aferra a lo que tiene ni teme lo que vendrá. Para él la muerte es el nacimiento de una nueva

posibilidad. Ubica su experiencia personal como un elemento más dentro de una realidad mucho mayor.

Aparentemente nada cambia en la vida del Hijo/a; él cuenta con 24 horas por día como si no hubiera renunciado. Sin embargo su conciencia del transcurso de una hora, de un minuto, y aun de un segundo se expande a tal punto que su rendimiento se multiplica.

¿Por qué seres humanos como Gandhi, Schweitzer y tantos otros benefactores de la humanidad, desconocidos o admirados, encuentran tiempo para realizar obras gigantescas? Uno de los secretos es la renuncia a la vida personal.

Por su atención expectante y serena en cada segundo el Hijo/a vive el eterno presente. Éste no es para él un concepto teórico, sino una realidad que se concreta en obras de bien y en paz para el mundo.

Cuando el Hijo/a acepta el tiempo y se limita deliberadamente en él, la intensidad con que vive cada segundo de su vida hace que el instante fugaz se transmute en la hora eterna; que el tiempo dimensional, limitado a una experiencia contingente, se transforme en el tiempo expansivo, inconmensurable de la individualidad egoente.

TRANSMISIÓN DEL MENSAJE DE LA RENUNCIA

Decimosexta Enseñanza

El Hijo/a difunde las ideas de Cafh a través de su palabra, pero sabe muy bien que su mensaje sería vano sin el testimonio de su propia renuncia.

El Mensaje de la Renuncia se transmite a través del silencio, la fidelidad, la obediencia y la renuncia del Hijo/a, que son la esencia de su desenvolvimiento.

A través del silencio, pues el callar y escuchar permiten al alma conocerse a sí misma, aprender a percibir las necesidades de los demás y a responder con la acción necesaria.

Los niños aprenden porque no tienen ideas hechas acerca de lo que ven, lo que experimentan y lo que se les enseña. A medida que transcurren los años y uno comienza a usar el conocimiento que ha acumulado para realzar su autoimagen, va cristalizando una postura. Cuando llega a la edad adulta las ideas que uno se fue haciendo están tan fijas que resulta difícil, si no imposible, ampliar el punto de vista. Cualquier idea nueva se ve como una amenaza al statu quo; la necesidad de estar en lo cierto reemplaza al deseo de saber.

Para mantener esta posición inamovible uno se ata al pasado y repite en su mente su visión estática de la vida, mientras el mundo sigue cambiando, transformándose. Es por ello que no todos los individuos que cronológicamente son contemporáneos, viven en el mismo mundo.

La práctica del silencio permite enfrentar cada situación con actitud receptiva. La vida se va construyendo sobre sí misma; así como en una pared que se levanta cada ladrillo es único y no se puede poner en el mismo lugar que otro ya colocado, cada experiencia se construye sobre todas las anteriores; ni las reemplaza ni las repite. Sólo silenciando el pasado que viene a la mente y cubre lo que se está viviendo, uno puede descubrir el mensaje de cada momento. El silencio transforma lo que parece la rutina del vivir en una experiencia renovada, en un aprendizaje continuo.

Lo mismo ocurre en la relación con las almas. La manera de percibir al que uno tiene enfrente es silenciándose a sí mismo. Así como en su relación con los demás uno desea que ellos lo vean tal como uno es hoy, así también cada alma tiene el derecho —y la necesidad— de ser vista como ella es en el presente, sin que los preconceptos interfieran en la relación. Bien sabido es el daño que hacen los estereotipos y los prejuicios de raza, credo, condición social, educación y aspecto personal en la relación entre los seres humanos.

El silencio vence al prejuicio y al egoísmo; permite conocer la necesidad de cada uno y de la sociedad en general, y así da las bases reales para responder en cada circunstancia con la acción necesaria.

El Mensaje de la Renuncia se transmite a través de la fidelidad, pues hace que el Hijo/a ponga por sobre todas las cosas su vocación de holocausto y de servicio.

El servicio a las almas requiere perseverancia hasta el final.

La esencia de la perseverancia es la fidelidad, porque siendo fiel uno permanece en lo que eligió. Es fundamental comprender este concepto, ya que a veces se confunde perseverar con mantener una fachada exterior de adhesión, sin un compromiso interior.

Por ejemplo, se puede pensar que uno persevera en un trabajo porque continúa asistiendo a la empresa que lo emplea. Pero si mientras cree trabajar uno repite rutinas sin poner su capacidad en lo que hace, en realidad no persevera en el trabajo sino que cumple con un ritual de asistencia. Otro ejemplo es en el matrimonio, donde perseverancia significa compromiso en todos los niveles: físico, sentimental y espiritual. De otra manera sería un formalismo o una unión de conveniencia; y eso, al poco andar, se desmorona. La fidelidad al voto de unión matrimonial es lo que da vida a la pareja y a la familia.

En el Camino de la Renuncia, la perseverancia se expresa en la fidelidad interior y exterior a la vocación y al compromiso de vida que implica realizarla.

El Mensaje de la Renuncia se transmite a través de la obediencia, pues ésta pone al Hijo/a en armonía con el Plan Divino, integra su fuerza al Poder de la Gran Corriente y lo hace participar de la labor de asistencia a la humanidad.

En el Universo todo es interdependiente, y el ser humano está sujeto a la misma ley. El secreto de la felicidad está en armonizar la voluntad individual con la ley universal. El Hijo/a, con la práctica de la obediencia deliberada —que otorga conocimiento de uno mismo con la consiguiente libertad respecto de la propia ignorancia y egoísmo— enseña que el ser humano logra la felicidad y la libertad a través de la interdependencia y la unión.

El Mensaje de la Renuncia se transmite a través de la renuncia, pues sólo se puede transmitir lo que se es. El Hijo/a es ejemplo de vida.

Las ideas adquieren realidad recién cuando se aplican; hasta entonces sólo son una posibilidad. Para que el Mensaje de la Renuncia se concrete en el mundo tiene que ser vivido; de otra manera sería sólo uno más de los tantos sueños irrealizados que descorazonan a las almas.

La obra de los Hijos/as es vivir lo que anhelan enseñar; de su experiencia surge la fuerza de su enseñanza; su realización es el testimonio de que la renuncia es prenda de paz y plenitud para uno y para todos.

El Hijo/a transmite lo que sabe, lo que ha experimentado; aprende acerca de la renuncia a través del cumplimiento de su vocación de renuncia: olvido de sí mismo, ofrenda, dedicación al bien de todas las almas. Su vida es su mensaje.